



Cuadernos del CILHA n 40 – 2024 | publicación continua

ISSN 1515-6125 | EISSN 1852-9615

<https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/cilha>

CC BY-NC 4.0 international

Recibido: 19/10/23 - Aprobado: 19/04/24 | pp. 1 - 14

 <https://doi.org/10.48162/rev.34.092>

Los años que ensancharon la literatura argentina

The Years that Widened Argentine Literature

Eduardo Romano

Universidad de Buenos Aires

 eduaromano@yahoo.com.ar

Argentina

Empecemos por limpiar y resembrar un poco el campo

Dentro del vocabulario urbanístico, es muy común la referencia a los “ensanches” del espacio público, en especial para el caso de ciertas arterias, como las avenidas. En nuestra memoria, durante mucho tiempo, estuvo presente el ensanche de la avenida Corrientes, que repercutió en la percepción de nuestros abuelos (y en los que ya hace tiempo lo somos) y acerca de lo cual hay muchos registros literarios de distinto carácter. La explicación de un ensanche similar en el “campo literario” requiere un rastreo del contexto sociocultural en que sucede y un registro de sus primeras manifestaciones. Sobre todo, porque, como veremos, existen afirmaciones que demuestran un gran desconocimiento de dicho pasado y los vacíos o agujeros negros no contribuyen a ayudarnos para saber quiénes somos ni cómo hemos llegado a serlo.

Propongo comenzar por algunos hechos trascendentes que alteraron la historia argentina, cuando comenzaba la segunda mitad del siglo XX. Ninguno como la irrupción de una nueva clase de violencia –siempre existe violencia en el sistema capitalista, producto de las desigualdades institucionalizadas– que estalló en junio de 1955. Me refiero al bombardeo sobre la Plaza de Mayo, una vez desaparecido el principal objetivo militar que perseguían los aviones de la Marina, porque el presidente Perón no estaba en su despacho de la Casa de Gobierno, y ametrallaron a la gente que circulaba por el lugar, a ciudadanos cuyas ideas políticas desconocían y por mero rencor vengativo. Mi impresión personal, como adolescente que estaba cursando la escuela media y miraba con un amigo, desde la esquina de Moreno y Boedo, en Buenos Aires, a esos aviones que iban y venían, sin saber por qué lo hacían, mientras conversábamos, fue de angustia, sobre todo cuando algunas personas comenzaron a salir de sus casas comentando lo que pasaba. Y lo fue más



enterarme, al anochecer, que la novia de ese amigo, un poco mayor que yo, viajaba en uno de los trolebuses que había quedado atrapado en el lugar y ya no regresaría nunca a su domicilio.

No voy a detenerme en los detalles posteriores, pero creo que esa experiencia sin antecedentes, por lo cruel e indiscriminada, me hizo adquirir, en un día, la certidumbre de que ese odio estaba dirigido contra lo popular, algo que las minorías explotadoras del conjunto temían y despreciaban, y, luego, que eso se manifestaba también por fuera de lo estrictamente político. Por ejemplo, en las actividades artísticas, y en especial literarias, a las cuales me dediqué desde mi ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y cuando ese pueblo agredido había comenzado a luchar en defensa de unos derechos laborales que la dictadura les cercenaba. Es lo que se conoce como la “resistencia peronista” y sobre la cual reunió, clasificó y comentó numerosos materiales Roberto Baschetti en su magnífico libro de 1997.

Los intelectuales fueron conmovidos también por ese hecho, por el derrocamiento del gobierno constitucional que le siguió unos meses después y por la necesidad de explicar en qué consistía el poder de esa fuerza o movimiento sociopolítico que movilizaba a las mayorías populares detrás del sindicalismo combativo. Lo cual generó una profusa producción ensayística desde todas las corrientes ideológicas en pugna.

Para mí, en tales circunstancias, y motivado también por tal bibliografía, se despertó la necesidad de saber si la literatura tenía algo que ver en todo eso o si era una actividad autónoma, al margen de casi todo. No llegué a una respuesta de manera rápida ni fácil, los profesores que escuchaba en la facultad, salvo raras excepciones, no se apartaban de los libros ni del liberalismo anquilosado. Seguían mirando hacia Europa o los atraían novedades vinculadas con el nuevo poder internacional de los Estados Unidos en la posguerra, que había llegado para quedarse y que hoy llamamos, eufemísticamente, globalización.

Nuestro profesor de Sociología, asignatura que acababa de ingresar a la carrera en 1956, con los “nuevos aires”, para decirlo respetuosamente, se llamaba Gino Germani y era un italiano que se había norteamericanizado y venía empapado de funcionalismo, de sus esquemas simplificadores, aunque a veces sus observaciones acerca de la psicología social, por ejemplo, del nazismo, merecieran escucharse.

Es claro que para completar ese relato tenía que ofrecer, en el contexto al cual me acabo de referir, su respuesta de lo sucedido en la década 1945-1955. Y la leímos en otro ensayo que relacionaba dicho proceso con los gobiernos fascistas europeos y con la descalificación del “populismo”, sin ninguna contextualización latinoamericana de lo sucedido por entonces en Brasil con Getulio Vargas, en Colombia con las consecuencias del asesinato de Elieser Gaitán, en Bolivia con el MNR de Paz Stensoro y Siles Zuazo.

Germani daba clase en camisa, sin traje ni corbata, como el resto de los docentes, porque era un “encamisado”, e introdujo la novedad de las fichas de cátedra, para una época previa a casi todo lo que usamos hoy para comunicarnos o algo así electrónicamente, que consistían en artículos o en capítulos de libros. Una manera de fragmentar el sentido que se convertiría, posteriormente, en tendencia.



El único libro obligatorio y completo del curso era *El miedo a la libertad* (1941), de uno de los benjamines intelectuales de la escuela alemana de Frankfurt, Erich Fromm (1900-1980), cuyo eje era explicar la psicología social del totalitarismo fascista. Cuando afirmaba que los obreros resistieron su ascenso y, por lo contrario, “los sectores inferiores de la clase media, compuestos de pequeños comerciantes, artesanos y empleados, acogieron con entusiasmo la ideología nazi” (Fromm, 1947, p. 232), descartaba la endeble interpretación liberal del peronismo que circulaba aquí, como una extensión regional del fascismo.

Tal vez por eso Germani trabajaba desde los años 50 en un tipo de interpretación más sociológica que, a la altura de *Política y sociedad en una época de transición* (1962), reconocía que ese gobierno le había ofrecido a los trabajadores “una liberación parcial del sentimiento de inferioridad” anterior, aunque no una participación democrática efectiva; había aprovechado su “disponibilidad” (Trovero, 2015) por ser, en su gran mayoría, migrantes recientes a la gran ciudad o sus suburbios.

Nada decía de ese coronel como emergente de un sector del Ejército nacional que veía en la producción industrial propia el camino hacia una efectiva posibilidad de independencia socioeconómica, pasar de la sustitución de importaciones a una verdadera industria pesada, reformar el régimen de la propiedad imperante, nacionalizar definitivamente la banca, etc.

Al margen, nos puso en contacto con los filósofos frankfurtianos, encabezados por Adorno y Horkheimer, responsables de una teoría de la manipulación mental ejercida por los nuevos medios de comunicación (prensa, radio y televisión, por entonces), que dejaban supuestamente sin respuesta a los receptores, y contra la cual comenzamos¹ a luchar denodadamente, diría que desde nuestra propia experiencia vital.

La prensa semiclandestina (el nacionalista *Mayoría*, la izquierdista *Propósitos*)² denunciaba los objetivos de una dictadura cuyos fines varios trataron de completar, en 1962 y 1966, pero que solo entre 1976-1983, y merced a un baño de sangre, consiguió sus propósitos de disciplinamiento y temor a profundizar los cambios económicos, sociales y culturales que habían quedado interrumpidos.

Yo no estaba dispuesto a que los estudios universitarios implicaran abjurar, entre otras cosas, del *Patoruzito* que me había esperado todos los jueves a la vuelta de la escuela, con sus héroes aventureros, por un lado, y sus tiras cómicas de humor, como la del almacén surrealista de don Pascual, con una rana parlante, o a la prodigiosa lancha Corina que manejaba Langostino por toda

¹ El plural se debe a que, tras un efímero acercamiento al frondizismo, conversaba y discutía seguido con dos poetas que habían sido comunistas (Szpumberg y Bignozzi); aprendía mucho de Ricardo Oliver y Jorge Rivera, con quienes me había relacionado en el curso de ingreso a la Facultad, en 1957.

² Es muy interesante cómo, en el ámbito gremial, hubo desplazamientos bastante similares a los del campo intelectual, a los cuales me referiré en seguida, porque peronistas, comunistas y luego radicales frondizistas participaron en el surgimiento de las 62 organizaciones, en tanto anarquistas, socialistas y radicales balbinistas formaron las 32, que congeniaban con los propósitos de la dictadura imperante (Senén González y Ferrari, 2010).

clase de aguas. Ese disfrute no iba a quitármelo nadie, ni siquiera los sabios hegelianos y seudomarxistas de Frankfurt.

Sin embargo, posteriormente, pero quiero decirlo pronto, un disidente –por lo menos ideológico– del grupo, Walter Benjamin, con su famoso artículo de 1935, reeditado muchas veces, incluso con alteraciones intencionales de W. T. Adorno, nos iluminó de otra manera el camino. Lo asimiló el revisionismo marxista europeo y la corriente nacional-popular latinoamericana, y a mí me llegó en una traducción al francés que me facilitó el profesor Jaime Rest, del cual hablaré luego.

Pero el contexto posterior al 55 permitió otros movimientos ideológicos muy significativos y de largo efecto, como el resquebrajamiento del PC, hasta ahí disciplinadamente stalinista y muy influyente en la vida intelectual argentina merced a sus pensadores, editoriales, revistas y propaganda de una forma de vida que idealizaban y se desmoronó, para muchos, cuando los tanques rusos amenazaron a Polonia o impusieron su presencia en Hungría.

Es cierto que ya la máscara estalinista no ocultaba los crímenes ni persecuciones de la KGB y que desde 1948, con la conversión al socialismo del Mariscal Tito, en Yugoslavia, y con el antecedente de la “larga marcha” y movilización rural de Mao TseTung en China (1934-1936), algunos axiomas de los clásicos marxistas-leninistas acerca del camino al comunismo habían quedado “atrasados”: la estricta distribución de las prácticas humanas en los niveles estructura/ superestructura o la necesaria dictadura del proletariado, sin afectar por eso a otros aspectos doctrinarios.

Manfred Spiecker (1977) recorre la trayectoria de ese “revisionismo” desde el XX Congreso del PC soviético, en febrero de 1956, cuando Krushov no se limitó a denunciar las aberraciones estalinistas, pues posibilitó los planteos antropológicos del polaco Adam Schaff, la reivindicación de Kafka en un congreso de Praga (1963), organizada por Goldstücker y Garaudy, las decisiones políticas de Marcelo Togliatti al frente del PCI (Partido Comunista Italiano), etc.

En medio de tales conmociones, y de muchas lecturas existenciales, de Sartre, Camus, Merleau-Ponty, accedí a un ejemplar de Antonio Gramsci (1891-1937, nacido en Cerdeña y universitario en Turín). No recuerdo con exactitud cómo llegó a mis manos, tendría que hablarlo con otro sobreviviente de aquella época, Abel Langer, quien nos vendía novedades en el subsuelo del viejo edificio de la calle Viamonte al cuatrocientos.

La posición revisionista de Gramsci socavaba el internacionalismo estricto de la izquierda anterior y su perspectiva nacional-popular sonaba muy atractiva para nosotros. Los que nos habíamos criado escuchando y hasta cantando tangos bajo la ducha apreciábamos su lenguaje de cara a la cotidianidad y Gramsci rescataba, sobre todo en *Literatura y vida nacional* (uno de sus *Cuadernos de la cárcel*), géneros populares como el folletín y, por extensión, el valor de los consumos culturales más humildes.

Permitía a las mayorías sojuzgadas “soñar con los ojos abiertos [...] la idea de venganza, de castigo a los culpables por lo males soportados” (Gramsci, 1961, p. 129), y acusaba a sus correligionarios de hablar de revolución proletaria sin saber lo que el pueblo sentía y pensaba, por rudimentario



que fuera. Lo mismo que les sucedía a quienes integraban el grupo de la revista *Sur* y seguían confundiendo la noción de cultura con la de bellas artes.

En la tercera parte de aquel volumen, dedicada a la literatura popular, escribía que “la gente común ha satisfecho de distintas maneras las exigencias intelectuales y artísticas que, sin embargo, existen en ellos sea bajo una forma elemental y confusa” (p. 127), por ejemplo, con “la novela caballerescas medieval”, “cuentos y especialmente leyendas que se hicieron populares”, las “vidas noveladas” y “novelas de aventuras”, etc. Y, en cuanto al lenguaje literario, aseguraba por ejemplo que los textos dramáticos y narrativos de Luigi Pirandello no alcanzaban la misma altura escritos en italiano que en “los dialectos regionales, los habitualmente hablados en las conversaciones íntimas” (p. 159), aunque sus portadores hubieran emigrado a las grandes ciudades. Reconoce ahí que el deseo de saber o de imaginar existe en todas las clases sociales, pero no todas tienen el mismo material a su alcance para hacerlo. Felizmente, por fuera de las cortes, los salones, las academias, las capillas de exquisitos, han actuado siempre los difusores orales, herederos de los viejos juglares, o circularon impresos apenas atados con cuerdas que se vendían en las ferias, junto a los comestibles, o las colecciones de quiosco, siempre escritos en un lenguaje accesible y cercano al habla.

Héctor Agosti, funcionario del comunismo argentino, fue el introductor de los escritos gramscianos, en parte traducidos por sus discípulos, para la editorial partidaria Lautaro, y fue un detonante que, dentro de la revista también oficial del PCA, *Cuadernos de cultura*, Oscar del Barco publicara en 1962 “Notas sobre Antonio Gramsci y el valor de la objetividad”, otro flanco por el cual se ponía en duda la excesiva negación de lo subjetivo, para respetar una supuesta objetividad incuestionable, en el marxismo más ortodoxo.

En 1959, publicó Agosti dos libros interesantes, con diverso sesgo gramsciano: *El mito liberal y Nación y cultura*. Este último, sobre todo, se manifiesta en ciertos aspectos mucho más comprensivo de la cultura popular que Juan José Hernández Arregui, quien en *Imperialismo y cultura* (1957) seguía restringiendo lo popular a que tuviera cierta base o condimento folklórico.

Sale Agosti en defensa del tango, “que representa una cuota persistente en nuestra formación concreta” (Agosti, 1959, p. 160), con lo cual le reconoce su aporte sociocultural a un producto que está por fuera de lo libresco, porque respeta voces y expresiones del habla habitual, y al mentar a los payadores y su humilde oficio poético para los sectores postergados, arriesga nada menos que estas preguntas:

¿No será que ese lenguaje, todo lo humilde, todo lo desmañado que se quiera, está indicando una conexión sensible con el pueblo?
Y no será, *a contrario sensu*, que el lenguaje de la llamada poesía culta, especialmente en sus expresiones abstractas, no se conecta con su sensibilidad (y no digo con su inteligencia)? (Agosti, 1959, p. 198).

Otros pensadores ayudaron a orientarnos, como Galvano della Volpe y sus análisis de textos poéticos, el Barthes de *Mitologías*, las reflexiones de Henri Lefebvre sobre la vida cotidiana en la urbe. Todos se alejaban del marxismo soviético y su revisionismo facilitaba la aparición de nuevos

planteos intelectuales, como los del siempre inquieto Oscar Masotta, temporariamente alumno de Filosofía, amigo de mi amigo Jorge Lafforgue, quien me lo presentó, e introductor de la semiótica por fuera del ámbito universitario.

Sus comienzos los ha contado en forma muy personal Carlos Correas en la primera parte de *La operación Masotta* (1991). Desde su participación en *Clase Obrera*, periódico dirigido por Rodolfo Puiggrós, intelectual que había renunciado al comunismo opositor cuando las elecciones de 1946 y formado el MOC (Movimiento Obrero Comunista) para apoyar críticamente, desde la izquierda, el primer gobierno del general Perón.

Colaborador posteriormente de *Centro* (1951-1954), de la Facultad de Filosofía y Letras, y *Contorno* (1954-1959), Masotta publicó en esta última su artículo “Sur o el antiperonismo colonialista” (1956) donde, luego de cuestionar desde su posición lo que hubo de policíaco y reaccionario ideológicamente en el primer peronismo, reconocía que había sido una superación política de todo lo anteriormente sucedido en el país, o sea lo que *Sur* y la oligarquía agropecuaria añoraban.

En el ensayo *Sexo y traición en Roberto Arlt* (1965), algunos de cuyos textos eran un par de años anteriores, abrió una ventana crítica novedosa porque, al margen de discutir las lecturas que consideraba fallidas sobre el autor de *El juguete rabioso* interpretó (cierto que con la ayuda de Jean-Paul Sartre y Jean Genet) su alegórico enjuiciamiento literario de la clase media nacional. Al mismo tiempo, desautorizaba que el discurso crítico pudiera formular juicios definitivos y menos sobre alguien cuya poética “mezcla el folletín, la novela metafísica, la noticia policial y la burla” (Masotta, 1965, p. 44).

Lo cierto fue que esos años 60 incluyeron una avalancha bibliográfica que pretendía, en su conjunto, retomar y extender lo que ya en 1930, y en el ámbito hispánico, había denominado Ortega y Gasset *La rebelión de las masas*³. Su influencia y la de los intelectuales alemanes de Frankfurt, recién emigrados, orientaron una producción norteamericana que repercutió en diversos lugares.

Acusaba a la cultura de posguerra de estar controlada por los grandes monopolios de la información y del entretenimiento de ese país y de funcionar industrialmente. En *La industria de la cultura* (artículos de 1960-1962 traducidos en España) Daniel Bell, Dwight MacDonal, Howard Shils, Clement Greenberg, Leo Lowenthal y Lazarsfeld y Merton, coincidían en que denunciar la crisis de los valores y juicio crítico de las élites, o apropiarse de ellos desde otro lugar, equivalía a una degradación cultural.

Lo que calificaban de *midcult*, una producción media y mediocre, que divulgaba y banalizaba todo lo artísticamente elevado o lo reemplazaba por productos sin pretensiones artísticas, que solo aspiraban al entretenimiento o a la evasión. Y que los sectores menos educados asimilaban a través de los medios electrónicos de la época, carentes de defensas y de manera absolutamente pasiva.

³ También cumplieron una labor similar, en el ámbito anglosajón, F. R. Leavis en Inglaterra y T. S. Eliot en Estados Unidos.



La cultura popular previa, folklórica, según esos teóricos, había cedido lugar en esta nueva etapa civilizatoria a las decisiones del mercado, solo empeñado en obtener ganancia rápida y fácil, para lo cual habían degradado todas las prácticas que antes exigían comprensión, análisis, cierto nivel de buen gusto, etc., imponiendo un consumo estandarizado.

Ese panorama resultaba catastrófico en el contexto de la Guerra Fría entre Estados Unidos y la URSS, sobre todo porque esta última lo adjudicaba a una nueva etapa del capitalismo y no podía oponerle evidencias ni resultados distintos en el este europeo, sino una estética oficialista que no admitía ninguna clase de experimentación, aunque ya el dictador José Stalin hubiera muerto, en 1952.

Crisis y caída del imperio de la revista *Sur*

En ese aspecto, y si bien no es asunto de este artículo, nuestra literatura vivía entonces el surgimiento de una neovanguardia estética –aceptando que la primera se había desarrollado durante la década de 1920– y que pasaba por la revista *Poesía Buenos Aires* (1950-1960), donde confluían creacionistas, surrealistas y otras tendencias poéticas similares, algunos de los cuales también estuvieron en *Boa* (1958) o se reunieron inmediatamente después en *Letra y línea* (1962).

La narrativa y el ensayo tuvieron su bastión en *Centro y Contorno* (1954-1959), ya mencionadas. Ambas emplearon, para distinguirse, la oposición a la revista *Sur*, que se editaba desde 1931, pero el último mes de 1955 celebró (N.º 237) lo que entendía como Reconstrucción nacional y en 1961 sus tres décadas con el volumen colectivo *Argentina 1930-1960*.

En aquel número de la revista, Guillermo de Torre arremetía contra “La planificación de las masas” convencido de que “existe toda una técnica, una metodología de captación de las multitudes, de hipnotización política de las masas” y, en el libro de 1961, además de que varios colaboradores descalificaran en conjunto el periodismo, la radio y la televisión nacionales, José E. Miguens (1961, pp. 329-353) recordaba que solo una clase ilustrada puede orientar a las mayorías, siempre sujetas a “estímulos exteriores”, o sea sin capacidad de respuesta contra el bombardeo mediático.

En 1962 nos auxiliaron, contra tales despropósitos, y desde puntos geográficos disímiles, el canadiense Marshall McLuhan (*The Gutenberg Galaxy. The Making of Typographic Man*) y Edgar Morin (*L'esprit du temps*). El primero celebraba la superación de la etapa abierta por la imprenta y depositaba en la electricidad la médula espinal de las nuevas formas de comunicación, una de cuyas ventajas era no pasar por el filtro de las élites.

Formas que excedían la mera lectura visual con el cruce de varios sentidos y, además, “La reversión por la que la presencia de nuevos mercados y de nuevas masas animó al artista a renunciar a su yo único”, facilitó “la técnica de introducir gratuitamente al arte en el dominio del inconsciente” (McLuhan, 1985, p. 327), sacarlo del mundo cerrado del alfabetismo, articular palabras con ruidos, música, imágenes, etc.

Morin, cuyo capítulo del libro citado sobre industria cultural fue publicado en Buenos Aires por Jorge Álvarez juntamente con un fragmento de Adorno (tomado de *Dialéctica del Iluminismo*, libro

conjunto con Horkheimer de 1944 y traducido completo en 1969 por la editorial Sur⁴), como si apuntaran en el mismo sentido, cuando el ensayista francés cuestionaba en cambio que la nueva producción mediática, industrial y de masas, fuera exclusivamente de Occidente.

Si en esta parte del mundo buscaba “divertir” o “entretener”, del otro lado del muro buscaba adoctrinar, pero advertía que las masas nunca se abandonan a la reiteración interminable, siempre “un juego de fuerzas” contradictorias evita la saturación, motiva innovaciones o “un mecanismo de adaptación al público y del público a ella” (p. 37).

En fin, quien vino a saldar muchas dudas y a hacer un enfoque general de la polémica, aunque solo en parte lo compartiéramos, fue el Umberto Eco de *Appocalitici e integrati* (1965). Podíamos compartir el primer término, “apocalípticos” apuntaba a quienes se escandalizaban por la desaparición del imperio de lo reservado a minorías selectas, pero “integrados” no era una palabra que nos convenciera, y menos cuando la relacionaba con el “optimismo” de que los “bienes culturales estaban a disposición de todos”.

O cuando calificaba a los productos masivos como necesariamente “efímeros”, “efectistas”, “evasivos”, y le dedicaba un extenso capítulo a “Estructura del mal gusto” o *Kitsch*, término alemán del cual, entre otras definiciones, aceptaba la de “comunicación que tiende a prefabricar o provocar cierto efecto” (Eco, 1968, p. 87). También idealizaba el lenguaje poético, porque según él y en ese momento, nunca se rebaja al “consumo” (p. 120) o rechazaba que Gerschwin “convierta en un correcto producto medio [...] los más arduos universos musicales” (p. 149).

Pero el estudioso italiano nos facilitaba también mejores pistas al afirmar, desde el comienzo, que las nuevas tecnologías y los textos empleados en ellas significaban una “ampliación del campo cultural” y, mejor aún, que habían favorecido la aparición de nuevos géneros, pasibles por tanto de análisis crítico, porque “esos mensajes mínimos que acompañan nuestra vida cotidiana constituyen el fenómeno cultural más notable de la civilización en la cual hemos sido llamados a operar [...] y deben abordarse como objetos dignos de la máxima consideración” (p. 35).

No era lo que pensaban la mayoría de los intelectuales coterráneos, para quienes éramos meros “populistas” que aceptaban como valioso todo lo que consumieran las mayorías. Algo que nunca hicimos, justamente porque, según las palabras anteriores de Eco, solo queríamos indagar lo que hubiera de artístico y destacarlo en muchos productos despreciados por la *intelligentzia*.

Comenzamos por los mejores poetas del tango y no tardé en plantearme la necesidad de relacionarlos con la gauchesca, convertirlos en un eslabón de la poesía popular anterior a la cultura de masas, sin negar por eso que su modo de producción profesional, escribir con regularidad y bajo cierta demanda, era muy propio de la nueva etapa cultural en marcha.

Los mejores discípulos de Agosti (Del Barco, Aricó, Portantiero, Gelman, Mangieri, etc.) fueron expulsados del comunismo en 1963, también en parte por la posición maoísta que asumieron en

⁴ No es poco que Sur editorial iniciara con este volumen una Colección de Estudios alemanes, traducida por Héctor A. Murena, donde los de Frankfurt tuvieron lugar preferencial.



la polémica entre el comunismo soviético y el chino. José Luis Mangieri, poeta y editor de la revista y sello editorial *La rosa blindada* (1964-1966), nos permitió acceder, en la colección Los Tiempos Nuevos, al *Breviario de estética teatral* (1963) de Bertolt Brecht y a *La vanguardia y la poética del realismo* (1964) de Paolo Chiarini, entre otros títulos atractivos.

Ambos respaldaban al poeta y dramaturgo alemán contra Georg Luckacs, un húngaro que ya había hecho *mea culpa* y renegado en parte de su bibliografía anterior, tratando de enmascarar, como realismo crítico, el realismo socialista oficial, para no ser expulsado del comunismo. Una retractación similar, pero silenciosa, cortó la entonces sobresaliente carrera intelectual de Agosti, cuyos títulos posteriores no mantuvieron el nivel anterior.

Oscar Terán, en *Nuestros años sesentas* (1983), habla de “izquierda nacional” para los cambios que vengo enumerando. Su revisión es minuciosa, pero descuida varios asuntos conexos importantes. Uno, que la lectura de Gramsci no solo impactó fuerte en el PC, sino también en ciertos sectores de la intelectualidad peronista; otro, más peligroso, desligar su recorrido de las luchas obrero-estudiantiles de aquel momento y que desembocaron en el Cordobazo, a mediados de 1969.

Mientras tanto, me pregunto: ¿había aprendido algo en mi carrera universitaria? Solo puedo rescatar dos nombres, de la avalancha liberal clásica que había inundado el edificio y no solo eso, es claro. Uno, porque se podía hablar con él de lo que sucedía afuera, en la vida, y que fue Hugo Cowes, aunque también, cuando le acerqué *Literatura y vida nacional*, discutimos sobre algunos pasajes e intercambiamos figuritas, a pesar de que él había sido colaborador de *Sur*, por ejemplo, en aquel número 237.

Otro, de mayor peso para lo que reconstruyo, fue Jaime Rest. Le gustaba conversar, por lo menos con algunos de sus alumnos, y recuerdo una charla célebre que comenzó donde estaban los transparentes de Viamonte, cerca de la puerta de entrada, y terminó unos 30 metros más atrás, porque Horacio Pilar y yo lo asediábamos con nuestros planteos políticos que él, ex colaborador de *Realidad. Revista e Ideas* (1947-1949), no podía admitir, pero tampoco rehuía el debate. Era un extraño caso de liberal en serio, hasta las últimas consecuencias.

Tenía, aparte, una afición por el cine, que nos reunía muchas veces en las sesiones del Cine club Núcleo, y fue el primero al cual le escuché hablar de Raymond Williams. Adjunto de Borges, en *Literatura inglesa*, porque se ocupaba de la norteamericana, recuerdo un curso paralelo y optativo que dictó sobre la poesía del siglo XX y amplió hasta algunos latinoamericanos, incluido César Vallejo.

Todo lo contrario de Julio Caillet Bois, el titular de *Literatura hispanoamericana*, a quien le pedimos con el poeta Alberto Szpunberg que le dedicara una clase al autor de *Trilce* y nos contestó que primero debía demostrarse que el grito podía ser poesía, respuesta que puso fin, por supuesto, a la charla. Mejor retomo la palabra de Rest, quien podía escuchar un día al equipo de *Airón* (1960-1964), enamorados de los objetivistas franceses y que trajeron un día a discutir con todos y en la facultad a Robbe-Grillet, y otro día a los responsables de *Aguaviva* (1960), hoja poética impresa de ambos lados y doblada, más cerca del anarquismo y de la *beat-generation* (Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti, Jack Kerouac, etc.).

Poco después, en 1965, Rest publicó en la revista de la Universidad Nacional de La Plata el artículo “Alcances literarios de una contienda cultural contemporánea”, reproducido y ampliado luego en *Enciclopedia Literaria*, serie Teoría y crítica dirigida por Aníbal Ford en el Centro Editor de América Latina, como *Literatura y cultura de masas* (1967). El cambio de título es ya sugestivo y obedece, según creo, a que el director de la colección lee desde otro lugar, no muy distante pero distinto, dicho ensayo.

También se puede hacer un cotejo disruptivo entre el primer capítulo, “Irrupción de las masas en el mundo de la cultura”, y el último, “La misión actual del humanista”. Aquel da cuenta de lo que más nos interesa, que la llamada sociedad masiva o masificadora, si bien adquiere otra dimensión a mediados del siglo XX, se había originado por lo menos a fines del siglo XIX (ver Romano y equipo, 2014).

Abre una etapa sociohistórica nueva y la literatura se amplía así, al forjarse una neovanguardia, en un extremo, y al incorporar en el otro a todos esos géneros periodísticos, radiales, televisivos, etc., que habían carecido de lectura crítica desprejuiciada. Implicaba romper con la versión, que se retrotrae al Renacimiento y a la imprenta, que pone la figura del intelectual letrado como heredero único de cierta tradición clásica, silencia la importancia que queríamos reconocerle a los consumidores, por humildes que fueran, en la construcción del sentido.

Concluyo este repaso de formantes, que ya sabemos siempre es incompleto, discutible y por eso mismo necesario, con una ponencia del uruguayo Ángel Rama leída en Alemania y en 1970. Rama, que ya había comenzado a escribir sobre la gauchesca en el semanario *Marcha* (artículos sobre Elías Regules, 1961, y sobre Bartolomé Hidalgo, 1963)⁵, completaría esa tarea a lo largo de los 70 y la publicaría en 1982.

Adelanta, en dicha ponencia, que el espectro de lo literario está en plena apertura, mucho más allá del formato libro y lo meramente escrito, al decir que deben considerarse literarias “todas las producciones, escritas u orales, que utilicen la palabra para transmitir signos de tipo simbólico” (1970, p. 88), a lo cual le agregaría que también cuenta la participación literaria en productos que la exceden y donde se articula con sonidos, música, imágenes, etc.

Quisiera completar este viraje, que comenzó a fines de los 50, con un intelectual poco citado desde la crítica literaria y menos aún, obviamente, por la académica. Con su habitual lenguaje acriollado, campechano, Arturo Jauretche en su ensayo “Los profetas del odio” (1959) cuestionaba, con sorna e inteligencia, a otros intelectuales que ya no estaban tan integrados al grupo *Sur*, como Ernesto Sábato y Ezequiel Martínez Estrada. A este último le destruye muchas argumentaciones de “¿Qué es esto? Catilinaria” (1957), lo cual daría para cortar mucha tela, pero quiero detenerme en dos observaciones.

Una la defensa del “lenguaje llano” y de la inteligencia “práctica” (Jauretche, 1957, pp. 13-14), contra los teorizadores alambicados y los escritores estetizantes; la otra, que el proletariado

⁵ En esa vertiente, destaco la antología prologada y anotada por Jorge B. Rivera (1968) *La primitiva poesía gauchesca*.



adquirió una mayor capacidad técnica (piensa sobre todo en los obreros metalúrgicos) y cultural, en el sentido de nuevos consumos, gracias a “la ampliación del mercado interno” (p. 66).

Lo primero podemos confirmarlo con pasajes de cartas a diferentes destinatarios del escritor que más revoluciona la narrativa del campo literario argentino en aquellos años, Julio Cortázar. Desde su llegada a París (1952) hasta mediados de los 60, se va alejando de *Sur*, donde había colaborado, sin renunciar a las deudas impagas con Jorge Luis Borges. Renuncia a esa primera etapa que él mismo califica de “esteticista”⁶ a favor de una mejor comunicación con nuevos lectores, esos jóvenes que van por la calle Florida con *Las armas secretas* (1959) debajo del brazo, cuando *Bestiario* (1952) había pasado desapercibido (Cortázar, 2000, p. 415).

El otro argumento de Jauretche registra un fenómeno distintivo y novedoso de aquella década peronista, el de los consumos populares, y que abarca desde las colas para acceder a una entrada de cine, incluso pagando sobrepago, los conciertos en los parques, el tren de la cultura que recorría todos el país, las altas cifras en venta de discos o de libros, que nunca fueron proporcionalmente equiparadas, aunque los precursores de las *fake news* sigan batiendo el parche del eslogan “alpargatas sí, libros no”.

Nos interesaba señalar el nivel poético (analicé a Celedonio Flores, mientras Rivera se ocupaba de Discépolo y Ford de Manzi) que, como críticos, le reconocíamos a muchas letras del tango. Hubiera bastado una con nivel artístico para negar los juicios apresurados o prejuicios al respecto. Es el caso de estos versos de Frollo (uno de los seudónimos de Carlos Atwell), que no escribió demasiado ni siempre con esta jerarquía:

Al verte los zapatos tan aburridos
y aquel precioso traje, que fue marrón,
las flores del sombrero, envejecidas,
y el zorro avergonzado de su color...
No quise creer que fueras la misma de antes,
la rubia de la tienda la Parisienne,
mi novia más querida cuando estudiante
que incrédula decía los versos de Rubén...

De paso, y ya que últimamente estuve escribiendo sobre la poesía en otros cancioneros posteriores, o de lo que quedaba en ellos de poesía, destaco algo que no tuve en cuenta, allá lejos y hace tiempo, pero que, al margen de la acomodación del lenguaje a la voz, trabajada por el que escribe y el músico: la canción hace un uso de la versificación que no responde a ningún manual, sino al ajuste entre esos dos tipos de lenguaje, y que excede los cánones de la poesía letrada o para ser leída.

⁶ Pienso en su poema dramático “Los reyes”, tan endeudado con la retórica de los poetas del 40, al mismo tiempo que desde la *Revista de ideas. Realidad* defendía a los poetas surrealistas y al existencialismo de los ataques contra el irracionalismo, como sinónimo de fascismo, de Guillermo de Torre.

Los versos de Frollo son dodecasílabos, en realidad de 7+5, pero de pronto, el último que cité es alejandrino. Las rimas se distribuyen con la misma disposición semi azarosa 2º con 4º, 5º con 7º y 6º con 8º, en tanto que el primero y el tercero casi riman (envejec-idos y aburr-idas). En lo que podemos llamar primer hemistiquio de cada verso, hay al comienzo una sensible acentuación en la quinta sílaba y que cambia por ‘-á-’ en uno, dos y cuatro; por ‘-é-’ en tres, cinco y seis; por ‘-í-’ en el séptimo y el octavo.

Si a esa capacidad armónica le sumo la significación, encuentro que “zapatos aburridos”, “flores envejecidas” y “zorro avergonzado” son frases en que los adjetivos humanizan objetos industriales, naturales o comerciales (las pieles que adornaban tapados femeninos). Bueno, si todo esto no es arte de la composición verbal, sugiéranme otros términos.

Mi aporte fue, en aquel momento, participar en un congreso realizado en Córdoba y al cual me invitara Noé Jitrik, de quien era Ayudante (junto a Lafforgue, Szpunberg, Andrés Avellaneda) en el dictado de un curso paralelo de Literatura Argentina en la misma Facultad donde había estudiado y acababa de recibirme. La ponencia cuestionaba a los llamados “poetas del 40” por varias razones (algunas que hoy no defendería), pero sobre todo por su lenguaje desconectado del habla real, en lo cual sigo creyendo, y al final les oponía el ejemplo de Homero Manzi.

Un poeta que transitó por ambas veredas y, aunque no publicara nunca un libro de poemas, como Celedonio Flores o Enrique Cadícamo, había sido incorporado a la antología *Parnaso de la novísima poesía argentina* (1931) antes de escribir los tangos que le dieron fama. Recuerdo que Guillermo Ara, que había sido para mí un mal profesor de literatura argentina, y participaba del congreso, me reprochó que viniera a tirarles con los tangos, que a él también le gustaban, pero sus letras nada tenían de literarias. ¿Con qué tipo de saber, entonces, había que abordarlas?

Encarnaba la figura que ya mencioné, la de los intelectuales que oponían lo culto a lo popular y acerca de lo cual, para no extenderme, les recomiendo leer, por ejemplo, *Después de la gran división* (2006). Ya en las primeras líneas de la Introducción, Andreas Huyssen plantea que la modernidad “se constituyó a partir de una estrategia consciente de exclusión, una angustia de ser contaminada por su otro: una cultura de masas consumista y opresiva” (Huyssen, 2006, p. 5).

Esa actitud no fue compartida por todos los artistas, “ha habido una pléthora de movimientos orientados a desestabilizar desde dentro la división alto/bajo”, aunque “no han tenido efectos perdurables” (Huyssen, 2006, p. 6) Desde una posición periférica, le respondería que la neovanguardia argentina de los 60 –quedaría por ver si también la latinoamericana– se animó a participar en la producción mediática (ciertos filmes, canciones, historietas, programas televisivos, etc.) con mayor audacia y asiduidad.

En cuanto al movimiento de apertura crítica sobre el aspecto literario de esos productos, por lo menos desde fines del siglo XIX, se consolidó durante la década siguiente, la del 70. Los guiones cinematográficos, la historieta, la radionovela, los cancioneros, el género chico criollo, los payadores, comenzaron a ser releídos y estudiados desprejuiciadamente, lo cual ensanchó el perímetro de nuestra literatura y cultura nacionales.



Participaron de esa tarea inicial, con sus modalidades particulares o grupales, Abel Posadas, Oscar Steimberg, Oscar Traversa, Jorge Lafforgue, Beatriz Seibel, Juan Sasturain, Oscar Masotta, Horacio Salas, Alfredo Moffat, Raúl Barreiros y seguramente algunos más que me disculpo ahora por no mencionar. Un buen ejercicio, al respecto, es revisar la colección Transformaciones, del Centro Editor de América Latina, donde habíamos recalado como colaboradores muchos de los obligados a renunciar, aunque no quisiéramos hacerlo, pero fue decisión de la mayoría, cuando el general Juan Carlos Onganía usurpó el poder y desalojó los claustros con fuerzas policiales.

De eso me ocupé, hace unos años, en un artículo publicado en Estados Unidos (Romano, 2015) y donde me extendía al aporte temprano de otros investigadores latinoamericanos, como el mexicano Carlos Monsiváis. Ambas contribuciones responden a la exigencia de mantener y completar la memoria, una obligación que compete especialmente a los veteranos.

En ese sentido, no deja de asombrarme que los responsables de *El valor de la cultura. Artes, literatura y mercado en América Latina* (2007), en la Introducción (no me refiero a los artículos compilados), demuestren un curioso desconocimiento respecto de lo que desarrollé anteriormente y en otros aspectos concomitantes que no podría detenerme ahora a señalar. Solo identifican a Ángel Rama como un precursor aislado y a propósito del modernismo o del llamado *boom* de la novela latinoamericana, en un libro ¡de 1982! Y a otras contribuciones de García Canclini y Sarlo, durante la década del 90. ¿No se saltaron nada?

También me entristece que hoy los jóvenes hablen de “la dictadura”, refiriéndose a la de 1976-1983, como si fuera única, y no culminación de un proceso, si bien fue la más sangrienta y despiadada. Y lo fue para ponerle fin a una resistencia que también tenía su continuidad histórica desde 1955. Todas las intervenciones cívico-militares previas –en 1962 y 1966– buscaron los mismos objetivos finales que, en gran medida, se fueron, desgraciadamente, cumpliendo. No olviden que sin una perspectiva histórico-social uno ignora quién es, en qué país –y mundo– vive. No dejemos que también nos desactiven el arma cargada de la memoria.

Referencias

- AA. VV. (1962). *Comunicación 2. La industria de la cultura*. Alberto Corazón.
- Baschetti, R. (1997). *Documentos de la resistencia peronista 1955-1970*. De la campana.
- Correas, C. (1991). *La Operación Masotta (cuando la muerte también fracasa)*. Catálogos.
- Eco, U. (1968). *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*. Lumen.
- Ford, A. (1971). *Homero Manzi*. Centro Editor de América Latina.
- Fromm, E. (1947). *El miedo a la libertad*. Paidós.
- Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Paidós.
- Germani, G. (1965). *Hacia una democracia de masas*. En T. Di Tella, G. Germani y J. Graciarena (Eds.), *Argentina, sociedad de masas*. Eudeba.
- Gramsci, A. (1961). *Literatura y vida nacional*. Lautaro.
- Huyssen, A. (2006). *Después de la gran división. Modernismo, cultura de masas, posmodernismo*. Adriana Hidalgo.
- Jauretche, A. (1957). *Los profetas del odio*. Trafac.
- Masotta, O. (1956). Sur o el antiperonismo colonialista. *Contorno*, (7/8), 29-45.

Los años que ensancharon la literatura argentina

- McLuhan, M. (1985). *La Galacia Gutenberg. Génesis del 'Homo Typographicus'*. Planeta-Agostini.
- Miguens, J. E. (1961). Un análisis del fenómeno. Argentina 1930-1960. *Sur*, 329-391.
- Morin, E. (1962). *L'sprit du temps, essais sur la culture de masse*. Grasset.
- Rest, J. (1961). Situación del arte en la era tecnológica. *RUBA*, 2, 297-338.
- Rest, J. (1965). Alcances literarios de una contienda cultural contemporánea. *Revista de la Universidad*, 19, 23-52.
- Rest, J. (1967). *Literatura y cultura de masas*. Centro Editor de América Latina.
- Rivera, J. (1968). *La primitiva literatura gauchesca*. Jorge Álvarez.
- Romano, E. y equipo de investigación (Bassa, Ferrari, Goldstein, Méndez). (2012). *Intelectuales, escritores e industria cultural en la Argentina: 1898-1933*. La Crujía.
- Romano, E. (2015). Polémica comunicacional y origen de los llamados 'estudios culturales' en América Latina. América Latina *Alter/nativas. Revista de Estudios Culturales Latinoamericanos*, 4.
- Senén González, S. y Ferrari, G. (2010). *El Ave Fénix. El renacimiento del sindicalismo peronista entre la Libertadora y las 62 organizaciones (1955-1958)*. Corregidor.